

PERFILES DE LA CAMPAÑA-15

Juan G. Ibáñez

EMPEZO a estudiar Filosofía y acabó por vivir de las Matemáticas. Se comportado a veces como un gobernador civil de la ejecutiva federal del PSOE y ha sabido ser el catalizador que en Madrid ha integrado a corrientes enfrentadas. Le da «corte» iniciar una conversación con un desconocido y es capaz de hablar, con fluidez y energía, ante cinco mil personas.

Este hombre ha sido uno de los pacificadores de la conflictiva, siempre beligerante, Federación Socialista Madrileña. Y es, en fin, un retirado «sprinter» de 200 metros, que todavía se resiste a las carreras con codazos y, sobre todo, uno de aquellos delegados de Facultad que se echaban a la política desde la injusticia.

Se levanta muy temprano y se acerca al Ayuntamiento —es concejal de Hacienda— lo antes posible, porque a partir de las once de la mañana ya no puede trabajar. «Lo que yo llamo trabajar: sentarse a reflexionar, a leer o escribir un informe...»

Habituado al estudio metódico, a la enseñanza —en Chile daba clases de muestreo sin fórmulas, porque los alumnos eran de Letras—, al trabajo estadístico como funcionario del INE (en Fracia obtuvo el doctorado en Demografía), no se acaba de acostumbrar «a la vida esta de los teléfonos y las reuniones».

Cuando alguien le pregunta si su incipiente vicio de fumar —le viene de hace un año— es una «señal de humo» de su hartura de una reunión —sólo fuma en ellas— reconoce, con cruda sinceridad, que «seguramente yo estoy harto de una reunión justo cuando empieza. Había que conseguir que hubiese menos reuniones y se trabajase más».

Se considera un gran conversador y, sin embargo, resulta, con frecuencia, huidizo, cortante. El suele poner como disculpas, en broma, que es de Bilbao. Lo que ocurre es que es un tímido que se reprime su timidez. (Después de conocer un poco a su interlocutor se extrovierte bastante y «puedo resultar incluso entretenido», según propia y sonriente confesión.)

También es un pequeño ácrata que reprime su vena libertaria. Y, así, su



ENRIQUE CANO
El «corredor» recibe el «testigo».

comportamiento parece el de un militante bastante disciplinado. «La disciplina —advierte, no obstante—, como la fidelidad, o la lealtad, es una virtud pero no la única virtud.»

Se reconoce «costaleiro» de la «escuela sevillana», porque «en este periodo, la obligación de los militantes es dar una oportunidad a los que han rehecho el partido y, sobre todo, a los que lo representan».

Cree que su principal aportación en estos tres años como secretario general de la FSM ha sido «la capacidad de diálogo» y el logro de un clima de entendimiento. «Los críticos, — revela con satisfacción — alguno de los cuales va a salir diputado, se han encontrado en las listas sin haberse enterado previamente, sin ninguna negociación.»

Pero no eufemiza, tampoco, la vida del partido, «porque —confiesa— yo también lo he pasado mal. A veces hay cosas muy

desagradables».

No le preocupa que Alain Touraine diga que los partidos, también los de izquierda, están en crisis y que serán arrollados por el movimiento asociativo. «Touraine, desde siempre —dice— ha estado muy preocupado por la originalidad de lo que escribía.» Y, en cambio, le atemoriza el repudio de los partidos, esa nada donde se cultiva el corporativismo y el fascismo.

Es capaz de dormir encima de una bayoneta. Descansa de siete a ocho horas diarias, «pero puedo dormir diez horas y quedarme tranquilo».

Juega al tenis un par de veces a la semana. Es un deporte que nunca le había gustado, pero que le ofrece la ventaja de no necesitar más que otra persona para practicarlo.

Odia las comidas de trabajo —«bastante caras, no excesivamente buenas y donde, desde luego, trabajar se trabaja poco»—, y tiene ciertas dotes, ade-

más de afición, para cocinar. Su plato preferido es el bacalao al pil-pil.

De origen vasco —«la familia de mi padre funcionó como un auténtico clan»—, recuerda de su infancia en Santander los cargamentos de libros del Ateneo, que, periódicamente, entraban y salían de su casa. Su primer autor fue Pío Baroja. Todavía se acuerda de la impresión que le produjo la lectura de la trilogía «La Busca», «Aurora Roja» y «Mala hierba».

Es, desde la adolescencia, un devorador de novelas. Cuando tenía catorce años se leyó en unas Navidades, con la imprescindible ayuda de una mesa, el voluminoso tomo con la primera serie de los Episodios Nacionales. Este verano, mientras disfrutaba la tranquilidad de un balneario, de resonancias históricas —entre sus muros mataron a Cánovas—, se leyó los episodios correspondientes a la guerra carlista, para cap-

tar el ambiente que ha servido de escenario a un cuento que ha escrito.

En la literatura y en el cine le encantan las reconstrucciones de ambiente. Tanto en lo uno como en lo otro no es fanático de ningún autor, y lo único que exige es calidad. Ahora mismo está enfrascado en varias novelas, ensayos y memorias sobre el periodo de entreguerras en Austria y Alemania.

Fue delegado de la Facultad de Económicas de Bilbao cuando un joven llamado Narciso Serra —ahora alcalde de Barcelona— lo era la de la Ciudad Condal y Carlos Romero la de Madrid. Luego coincidieron, en los años sesenta, en el FLP, y ahora están los tres en el PSOE.

Aquel estadístico facultativo, que tuvo que esperar a que Franco muriera para ser ascendido a jefe de servicio —«no me quejo de eso, no me pongo la corona de espinas por

eso»— se presenta a las próximas elecciones en el cuarto puesto de la lista de Madrid.

No está de acuerdo con que «en política no hay amigos. Yo tengo una concepción de que si en la política no estoy con amigos no estoy a gusto».

Cuando el verano pasado se encontró, al fondo del pasillo de un estadio de fútbol español, al ex secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, notó en el estómago la sensación de quien tiene al alcance de su puño la protesta de una humillación colectiva e irreparable.

«En política —dice este funcionario de la ONU en el Chile de los últimos meses de Allende— el cinismo puede ser algo válido cuando no está en juego la vida de las personas. Y lo que se montó en el Cono Sur a partir de aquel golpe fue una operación meditada para crear una situación de guerra civil, sin guerra civil.»

Joaquín Leguina, estadístico, líder del PSOE de Madrid

LA HUELLA DE LOS «CARROS DE FUEGO»